

**DONDE EL VERDE ES
DE TODOS LOS COLORES**

III ANTOLOGÍA
COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

PRÓLOGO: ARMANDO ROMERO
SELECCIÓN ANTOLÓGICA: MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Donde el verde es de todos los colores. III Antología Colección Un libro por centavos / prólogo
Armando Romero ; selección antológica por Miguel Méndez Camacho. -- Bogotá : Universidad
Externado de Colombia, 2014.

282 p. ; 21 cm.

ISBN: 9789587721294

1. Poesía colombiana 2. Poesía colombiana -- Antologías 3. Literatura colombiana --
Antologías 4. Poetas colombianos -- Colecciones I. Méndez Camacho, Miguel, 1942-, compilador
II. Romero, Armando, prologuista III. Universidad Externado de Colombia

C86r

SCDD 21

Catalogación en la fuente -- Universidad Externado de Colombia. Biblioteca

Mayo de 2014

ISBN 978-958-772-129-4

© 2014, 2008, 2003, UN LIBRO POR CENTAVOS

© 2014, 2008, 2003, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá

Teléfono (57-1) 342 0288

publicaciones@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición: mayo de 2014

Composición: David Alba Salazar

Diseño de cubierta: Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación: Digiprint Editores EU

Tiraje de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra,
sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la
Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son
responsabilidad de los autores.

JUAN CARLOS HENAO
RECTOR

MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO
DECANO CULTURAL

CLARA MERCEDES ARANGO
COORDINADORA GENERAL

CONTENIDO

Panorama de nuestra poesía <i>Armando Romero</i>	9
Morada al sur <i>Aurelio Arturo</i>	22
Como acabados de salir del diluvio <i>Horacio Benavides</i>	32
Herederos del canto circular <i>Fredy Chikangana</i>	51
<i>Vito Apüshana</i>	55
<i>Hugo Jamióy</i>	59
Resplandor del abismo <i>Orietta Lozano</i>	64
Botella Papel <i>Ramón Cote Baraibar</i>	74
El árbol digital y otros poemas <i>Armando Romero</i>	82
En la memoria me confundo <i>Claramercedes Arango Mercado</i>	106
La tierra es nuestro reino <i>Luis Fernando Afanador</i>	120
Las cenizas del día <i>David Bonells Rovira</i>	142

Santa Librada College and others poems <i>Jotamario Arbeláez</i>	152
Amazonia y otros poemas <i>Juan Carlos Galeano</i>	164
Los días son dioses <i>Robinson Quintero Ossa</i>	178
Al pie de la letra <i>John Galán Casanova</i>	194
Soledad llena de humo <i>Juan Carlos Bayona Vargas</i>	214
De la dificultad para atrapar una mosca <i>Rómulo Bustos Aguirre</i>	228
La fiesta perpetua. Selección <i>José Luis Díaz-Granados</i>	238
Antes de despertar <i>Victor López Rache</i>	248
Evangelio del viento. Antología <i>Gustavo Tatis Guerra</i>	260
Morada de tu canto <i>Gonzalo Mallarino Flórez</i>	272

PANORAMA DE NUESTRA POESÍA

Armando Romero

La poesía no sólo se hace con palabras sino con acciones, y llevar su mensaje, darlo a conocer en muchos ámbitos es ya un acto poético por excelencia. Esta colección, *Un libro por centavos*, de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, creada con gran amor por la poesía y por sus lectores, es la mejor muestra de ello en los últimos años en Colombia. Tal vez no hay forma mejor para saber qué es y quién es en la poesía colombiana de las últimas décadas. Encomiable labor, digna de todo elogio. En ella están algunos de los poetas más representativos del país en el siglo xx, así como una serie de poetas latinoamericanos que la ennoblecen. Entre ellos debemos citar a Eugenio Montejo, Gonzalo Rojas, César Vallejo, Rubén Darío, José Martí, Marco Antonio Campos, Rafael Courtoisie, Martha Canfield, entre otros.

Valga destacar aquí, entre los poetas colombianos, a Aurelio Arturo, a quien esta antología rinde bien merecido homenaje. Poeta singular, cuya obra completa la conforman unos pocos poemas, Aurelio Arturo establece; más que ningún otro poeta de su tiempo, las directrices que tomará la poesía colombiana en la segunda mitad del siglo. Con un tono bajo, casi susurrante, los versos de Arturo tejen un lenguaje que al esplendor hacen presente como poesía una naturaleza que se extiende por todo el país. Hay aquí una rara mezcla de belleza

lirica adherida a la realidad profunda del ser colombiano. Arturo no es un poeta personal, particular, es un poeta de todos sin ser popular o fácil. La aparente sencillez de sus versos carga una fuerza que se desliza por encima y por debajo de la superficie del país. De allí su poder transformador. Pasarán años antes de que la poesía colombiana pueda absorber su influjo, el cual es bien notorio en muchos de los poetas de este período.

No obstante, los poetas que recoge este volumen no responden a una estética determinada, así sea notable en muchos de ellos la presencia de Aurelio Arturo. Cada uno va al encuentro de sus ángeles y demonios con el sólo hacer de la palabra. Sus hallazgos, en la soledad de las voces que los habitan, es lo que desean compartir con el lector, cómplice hacedor del poema en su lectura, como lo señalaba Borges. Del poema conversacional al poema lírico, los poetas colombianos se afincan así en una tradición que rehúye la experimentación como fórmula, el golpe trepidante de los extremos del lenguaje y la sintaxis.

Basado en los libros que los poetas antologados aquí han publicado en la Colección de *Un libro por centavos*, me he permitido hacer un somero análisis de la poética de cada uno de ellos sin seguir un orden de preferencias o cronológico, aspirando a que el lector entusiasta pueda acceder con mayor libertad a su poesía.

Difícil condición la del poeta cuando tiene que trajinar por los bordes del abismo. Luz y oscuridad, ascenso o

caída son las tentaciones, las cuales también pueden devenir maldiciones dado su inexorable destino. Contados son los poetas dentro de la poesía colombiana que visitan estos umbrales, que los hacen suyos. Orietta Lozano con su libro *Resplandor del abismo*, es uno de ellos. Su poesía *donde "nadie canta; sólo el choque / del agua y de la piedra"* tiene la hermosa lucidez del desamparo. No obstante, ella está sembrada en lo sensual, en la presencia del cuerpo, y allí gravitan tanto la belleza física como el deseo, en un juego de la naturaleza entreverada con los sueños. La fuerza poética de la obra de Orietta Lozano proviene de este entrecruzamiento de tensiones alimentadas por el vibrar de las palabras, por el fuego que despiden, pero también por esa luz que de ahí se desprende. Luz que viene de lo hondo del abismo, de su resplandor como ella misma lo indica.

Alta meditación sobre la memoria y el tiempo que en ella se abre como pasado o presente es lo que aprehendemos de inmediato en *Morada de tu canto* de Gonzalo Mallarino. ¿Será ese "niño caminando en los ríos desatados / y los pozos desafiantes"? Tal vez, pero también es la voz del poeta que transforma la naturaleza que viene en los recuerdos en algo tangible al nivel de las palabras, que hace del amor un canto. Aquí no hay transgresión, hay una afirmación del encuentro con una realidad cristalina, transparente, que se anuda en el pasado del poeta, de allí su encendido lirismo. El amor está en una lejanía sólo mensurable por los sueños, los cuales lo transportan a un ahora que es el poema. Niño es el poeta que está allá y acá, omnipresente.

Desprendida del lirismo que es habitual en muchos de los poetas colombianos actuales, la voz de María Clara Ospina en *Lenguaje de maderas talladas*, establece un balance entre un lenguaje directo, despojado de altas sonoridades, y una necesidad de que ese mismo lenguaje no sea del todo hiriente, así su dirección busca con gran ahínco el centro del poema. “¿Dónde encontrar / una aventura / de fuego?”, se pregunta la poeta y quizás ahí percibimos el germen de su arte poética. Poesía forjada a altas temperaturas que develan sentimientos de dolor y angustia, pero también de amor, ya sea anudado a los seres queridos como a los recuerdos de una naturaleza prístina, fascinante.

Poco a poco la poesía indígena colombiana ha ido encontrando un puesto en la historia literaria del país. No ha sido fácil, aunque los críticos traten de obviar esto con sus buenas intenciones, ya que si la poesía obedece a la tradición, la impronta española, y luego europea, han moldeado la poesía colombiana a lo largo de su historia. Como bien lo señala Ángela García, estos poetas indígenas son *Herederos del canto circular*, forma del hacer poético que extrae lo mágico como realidad y viceversa, y así se distancia de la poesía tradicional colombiana. Sin embargo, bien podemos vislumbrar en ellos una búsqueda de encuentros, no fortuitos sino altamente reflexivos, con ésta, aunque no dejan de establecer, temáticamente, una distancia con el común de los poetas colombianos al reclamar la tierra perdida en un pasado lejano todavía presente, la plenitud de su propia tradición, la voz de sus ancestros. Fredy Chikangana es un poeta consciente de

estas similitudes y desencuentros. “Soy un cantor en esta tierra y / busco palabras en el lago que me atraviesa”, nos dice. La tierra es de todos en el cantar de la poesía, pero el misterio está en ese indagar por un lenguaje que lo identifique en una tradición propia, aunque para lograr esto tenga que incorporar a su poesía, no sólo su idioma natal, sino el español que es como la tierra que bordea ese “lago”. Vito Apushana enfatiza la búsqueda de una tradición propia: “Crecemos, como árboles, en el interior / de la huella de nuestros antepasados”. He aquí su arte poética, la ley que enmarca su poesía, la cual oscila entre los vocablos sonoros de su lengua Wayuu con los sonidos acordes del español. Transformaciones de la naturaleza, visiones de un allá ancestral signado por elementos terrestres simples, cotidianos. La poesía de Hugo Jamióy trata de establecer un balance entre la protesta por un pasado de exclusión cruel para su gente y un presente que permite que su ser indígena todavía se conserve casi intacto. Mucho se ha perdido, pero también mucho es lo que prevalece: “Aún quedan los caminos de ayer / sin los pasos antiguos”, nos dice.

Marcados por el dolor, la angustia y el desamor, los poemas de *Una palabra brilla en mitad de la noche* de Catalina González Restrepo sorprenden por su insistencia en la desolación y el abandono. No hay mucha luz en ellos, aunque de vez en cuando se prendé una lámpara votiva a los dioses oscuros del sufrimiento. Se podría hablar de rabia, de ira, en esta poesía, pero no, porque los clamores de su derrota no permiten ese golpe de los sentimientos. “El amor no tiene futuro”, es su sentencia.

Gratificante es el poema de amor, peligrosas sus aristas. Interesante empeño el de Juan Carlos Bayona en su libro *Soledad llena de humo* para hacer del poema un centro de encuentros entre la palabra y los sentimientos que la animan. Con un depurado lirismo, la mayor parte de sus poemas logran convertirse en un delicado canto al amor, ya sea éste sensual, veladamente erótico, o filial. Y esta dirección estética envuelve todo el libro convirtiéndose en un arte poética: “*es preferible amar sin medida y sin tiempo / a esta ingrata labor de vigia nocturno*”. El amor envuelve la poesía, por eso la labor del poeta es estar siempre vigilante, a fin de cuidarse de aquello que hiera, que puede desgarrar no sólo el amor sino el poema.

Convulsiva ha de ser la belleza, predicaba André Breton, y esta máxima se cumple fielmente en los poemas de *Antes de despertar* de Víctor López Rache. Pero no pensemos en el surrealismo en estos poemas, sólo que en ellos hay un sorprendente encuentro entre el amor y la poesía, y de su fricción saltan las palabras como chispas. Veo en esta poesía un consciente y calculado ardor, el cual no es claridad, luz, sino una forma de la oscuridad de lo imprevisto. Paradójico entrecruzamiento de fuerzas, el poeta lo sabe bien cuando dice: “*El sol nunca entra en el paraiso, / y la piel sólo siente cuando se revela a la conciencia*”.

Si proyectamos la imagen general de la poesía colombiana de los últimos decenios contra la imagen de las vanguardias literarias y su desarrollo como paradigmas

de las búsquedas dentro de las formas del lenguaje, la sintaxis, el poema mismo, encontraremos un alto nivel de conservadurismo en ésta, como habíamos señalado al comienzo de este trabajo. Ello no es negativo de por sí, aunque sí diciente de una realidad no muy propicia al cambio. Tal vez los poemas de Robinson Quintero en *Los días son dioses*, sin caer en extremos, son una buena muestra de una poesía que se sale de ese patrón de lo tradicional para volver sobre la imagen osada, libre dentro de la andanza creativa para hacer del poema una aventura de múltiples búsquedas y encuentros. Ya uno de sus poemas resume esto: “*un poema es lo que no esperas*”.

Cada poema es un descubrimiento, una puerta que se abre a una realidad, ya sea la del amor, el dolor, la pérdida, o la poesía y sus meandros: así estos poemas de *En la memoria me confundo* de Claramercedes Arango. La sencillez de ellos, el arduo trabajo de depuración que conllevan, consiguen una certera desnudez para lograr una hermosa y sorprendente precisión. Sobresale en ellos, más allá de la fuerza de sus referentes, la presencia del poema logrado, altamente sentido. Memoria y reflexión, el poema va siempre en pos de su verdad: “*vamos a ubicarnos / en la orilla que nos corresponde*” es su clara sentencia.

Exquisita maestría la que exhibe Ramón Cote en los poemas en prosa de su libro *Botella Papel*. Poemas que se reflejan como espejos, de la realidad al canto, mientras nos van sucesivamente presentando una serie de cuadros donde se alternan seres, profesiones, objetos,

lugares, todos ellos ligados por el juego de la memoria, a un lenguaje esplendente: “Sabes también que a veces el tiempo perdona y permite alianzas lejanísimas, transformaciones, como cuando sientes cruzar en los vidrios molidos la nutrida caravana de la arena”.

Extensos poemas coloquiales, donde el humor se entremezcla con lo aparentemente casual, y la ironía se extiende por los recuerdos de los días tempranos escolares, son los que trae *Santa Librada College* de Jotamario Arbeláez. Atiende este poeta a la tradición de humor en la poesía colombiana que se remonta a las *Gotas amargas* de José Asunción Silva. “Si uno es perseverante / y a largo plazo / tiempo le dan la risa / y la poesía / para sacarse el clavo / y volver a clavarlo / del otro lado”, nos dice, y gracias a su diestra poesía, que linda la prosa discursiva con figuras rítmicas a veces sincopadas, nos introduce en su mundo juvenil.

“Luego fueron / las palabras cotidianas”. Así comienza *Al pie de la letra*, esta colección de poemas de John Galán Casanova, y ya desde allí comprendemos que el poeta ha logrado sintetizar su arte poética. Recuerdos de infancia, de los años de aprendizaje, paisajes interiores, seres que lo habitan. Poemas marcados por la nostalgia, donde los sentimientos surgen claramente gracias a su delicada sencillez.

Si atendemos al título de este libro, *De la dificultad para atrapar una mosca*, de Rómulo Bustos, comprendemos que su oficio de poeta lo lleva a indagar sobre la misma

poesía. Más allá de los referentes que los marcan, son poemas que construyen el poema dada una rara mezcla de sabia reflexión y hondo lirismo. Grata es su factura para el lector atento a este laborioso hacer del poeta. “Lo eterno está siempre en fuga ante tus ojos”, viene a ser su proclama frente a lo imposible.

He señalado antes la visible necesidad de sencillez que se nota en muchos de los poetas colombianos actuales. Versos directos, sin complicaciones formales, alimentan un discurso poético que atiende a los reclamos de la memoria y su ir en el tiempo. Ejemplo de ello es esta antología de Luis Fernando Afanador, *La tierra es nuestro reino*. Con un tono envolvente, ligero, el poeta amalgama recuerdos, nostalgia de un ayer lejano o cercano, no importa. Hay una triste dulzura en los poemas de Afanador: “Eras sólo pasado / pertenecías al pasado / el pasado fue tu reino”, es su clara sentencia.

A una poesía de preferencia citadina como es la colombiana, los poemas de Juan Carlos Galeano, en *Amazonia y otros poemas*, nos presentan un paisaje, una cultura no muy visitada por la poesía, aunque íntimamente ligada al país. El Amazonas y todos los ríos y selvas que integran esta parte de su geografía, continúan cimentando su misterio en los colombianos. Sin embargo, la voz poética de Galeano nos introduce en este mundo donde a la realidad cotidiana se opone un componente mágico, sin visibles alteraciones, casi como un elemento más de la naturaleza. El poema se nutre de leyendas, cuentos, que se originan en los grupos indígenas que

el poeta, aunque un poco distante, ve con amor. “Una vez había un paisaje que saltó con su río, sus animales, sus nubes y sus árboles”. Y a este paisaje humano y selvático accedemos de la mano de Galeano con gran placer.

Una amargura, un visible dolor es lo que se transparenta en estos poemas de David Bonells, *Las cenizas del día*. No es extraño en el suceder de la poesía colombiana este sino sentimental, que se presenta con imágenes de un pasado que la memoria trata de situar en un otro orden, aunque en definitiva no puede impedir que desemboque en una inexorable derrota: “Restos del tiempo soy, / fuego sin leño”.

“No faltarán palabras para cantar el júbilo, / siempre tendré un murmullo / para abrir el silencio”. Dicho esto, la palabra se impone, vibrante, musical, en los poemas de José Luis Díaz-Granados. En ellos se convocan los temas frecuentes de la poesía: el amor, la amistad, los recuerdos, vida y muerte, sueño y asombro, el poema y su factura, la reflexión sobre sí mismo, el tiempo y el espacio de una ciudad, de una casa. Sin embargo, es la escritura, esa graffa sonora la que se desliza por sus versos para darnos, como dice el título de su libro, *La fiesta perpetua* de la poesía.

Minimalista, podría ser la definición que más se acerca a los poemas de Horacio Benavides, en *Como acabados de salir del diluvio*. Esta tendencia, que vio su auge en la poesía latinoamericana en la década del 80, no ha sido muy característica de la poesía colombiana, cuya dirección va

más al poema discursivo, lírico y casi versicular. “*Mínima sombra*”, para decirlo con palabras del poeta, son las que nos dejan en cada página estos poemas que buscan su apoyo en la naturaleza, en las pequeñas cosas de todos los días, las cuales el poeta reduce a simples trazos, con la soltura de un calígrafo oriental.

Resalta sin lugar a dudas la fuerza imaginativa que empuja los poemas de Gustavo Tatis Guerra, en *Evangelio del viento*. Con un ligero tono narrativo, ellos extraen sus referentes tanto de la tradición de la cultura occidental como de las tradiciones indígenas o africanas que componen el mundo colombiano, a la vez que se cifien al mundo familiar, cercano al poeta. Sorprende en ellos una velada dosis de humor que ilumina cierto alborozo, una fe en el lado positivo de las cosas: “algo maravilloso puede ocurrir / si la piedra suspende su silencio y empieza a revelar / lo que aconteció la noche antes de la vida”.

Personalmente, he tenido la fortuna de ser incluido en esta Colección con mi antología *El árbol digital y otros poemas*. Asimismo, ha querido el editor incluir poemas míos en esta antología. La prudencia me aconseja no dar un juicio crítico sobre ellos.

Resumiendo, como el lector puede apreciar, me he atrevido aquí a hilar unas palabras como prólogo que acompañe la lectura de estos poemas. Ojalá mi osadía logre ser un paso en el ir de esta aventura donde lo vital se acompasa al encantamiento.



*Amazonia y
otros poemas*



JUAN CARLOS GALEANO

Universidad
Externado
de Colombia

125
años

Juan Carlos Galeano (1958) | *Amazonia y otros poemas*,
Colección *Un libro por centavos*, n.º 67, 2011.

Nació en Florencia, Caquetá, región amazónica de Colombia. Poeta, traductor y ensayista es autor de *Baraja Inicial* (poesía, 1986); *Polen y escopetas* *La poesía de la violencia en Colombia* (ensayo, 1997); *Amazonia*, (poesía, 2003); *Amazonie* (poesía, 2007); *Sobre las cosas* (poesía, 2010); *Desarmando el silencio* (traducción de la poesía de Charles Simic, 2006). Su poesía ha sido antologada en *Poesía Colombiana* (Cuatro siglos de poesía colombiana) CD-ROM (Bogotá: Casa de Poesía Silva, 2000); *A poesía se encontra na floresta* (Brasil, 2000); *Literary Amazonia* (USA, 2004), y ha aparecido en revistas internacionales, entre ellas *Casa de las Américas* (Cuba), *Poesía* (Venezuela) *Atlantic Monthly*, *Partisan Review*, *Ploughshares* (USA), y diarios como *El Mercurio* (Chile), *El Tiempo*, *El Espectador* (Colombia). Ha traducido al español libros y poemas de Sharon Olds, Mark Strand y Rita Dove. Su investigación sobre las cosmologías amazónicas aparece en *The Encyclopedia of Religion and Nature* (Inglaterra, 2005), su película documental *The Trees Have a Mother* (USA, 2008), *Cuentos amazónicos* (Perú, 2007), y *Folktales of the Amazon* (USA, 2009). Enseña poesía latinoamericana y cultura de los pueblos amazónicos en la Universidad del Estado de la Florida.

LAVANDERÍA

En las cuerdas de la ropa la familia se reúne otra vez.

Los pañuelos y pantalones cortos de mis hermanos
todavía guardan la mañana y el río.

Al lado de mis medias como palomas,
las camisas de mi padre se agitan con el viento.

En silencio, las flores del vestido de mi madre
se secan con el viento y el sol.

COLECCIONISTA

El muchacho que colecciona guijarros y luciérnagas
sueña con planetas y estrellas.

Los planetas tienen su luna, pueblos, animales y gente.
Quizás, la casa y el perro.

En su cuarto, las luciérnagas encerradas en los botellines
semejan puñados de estrellas en el cielo.

Los guijarros son planetas cuya historia el muchacho
olvida todos los días en la escuela.

COMETAS

Por falta de papel para hacer las cometas, echábamos a volar nuestras ventanas.

Las ventanas con sus delantales blancos nos decían lo que miraban.

Pero los indios que veían volar nuestras ventanas
no tenían ni casa ni ventanas para echar a volar siquiera una cometa.

Era natural que los indios quisieran hacer volar alguna cosa.

A cambio de pescado podrido, los gallinazos que volaban en círculos
se dejaban amarrar un hilo al cuello y les servían de cometas a los indios.

CANOA

Una canoa que ha dado a luz a un hombre lo deja en una playa
y sigue su camino.

El hombre le llora a la madre cruel que se aleja remando.

La madre, por su parte, le hace señas de despedida con los remos.

El hombre llora como cualquier recién nacido;
(también porque sus manos no le sirven como remos para seguir a la madre).

La canoa no puede consolarlo porque tiene que dejar más gente en otras partes.

Pero no es una madre cruel y le hace señas con sus remos.

Al hombre no le queda más remedio que ponerse más tranquilo.

Da unos pasos, mira a su alrededor y se da cuenta de que sus manos sirven
para rascarse la cabeza.

RÍO

Para ser feliz, el río es capaz
de cualquier cosa.

Crece, inunda los montes y se lleva las casas.

En los horcones donde cantaba la radio y colgaban hamacas

se siente, junto a sardinas y bagres, como pez en el agua.

MUCHACHA

Una muchacha que se baña en un río acaba enamorándose de él.

Sus padres quisieran casarla con un automóvil; mejor buscarle otro marido, quitársela a ese río.

“Puede que la relación con ese río incomode a otros en el universo”, dicen algunos.

El viento y otros más famosos se molestan; lo dicen en la radio, los muestran por televisión.

Se molesta el sol que viene con su canastita de naranjas a saludarla en las mañanas.

Se enfurece una nube que trata de meterse por su ventana para llevársela muy lejos.

Pero la muchacha desaparece, nadie sabe para dónde, en brazos de su río.

CURANDERÍA

A nuestra casa llegan indios tristes, llenos de recuerdos.

Mi hermano, como sabe, los reza y los protege con humo de tabaco.

Los indios le dejan su tristeza en piedras y él las transforma en nubes.

Mi hermano gana poco, pero la clientela le aumenta cada día.

MÚSICA

En la selva se oye la música de la barca subiendo por el río.

A una orquídea le da por gritar de placer.

Muchos árboles están furiosos. No duermen bien sus hojas,
sacuden con rabia las raíces y le gritan a la barca de la música.

A mi madre, la Anaconda, no le importa.

Ella vive muy ocupada dándole vueltas a la tierra,
cargando en su barriga los árboles, los animales y la gente.

PAISAJES

Una vez había un paisaje que salía con su río, sus animales, sus nubes y sus árboles.

Pero a veces, cuando no se veía por ningún lado el paisaje con su río y sus árboles,
a las cosas les tocaba salir en la mente de un muchacho.

(Unas tortugas se maravillan de que puedan aparecer solas en la mente de un muchacho).

Claro que si no aparecen ni el paisaje ni el muchacho, el río se queja, los árboles se quejan, las tortugas y otros animales se quejan...

(Se supo de unos árboles que mataron a una jovencita por desnudarse en la mente del muchacho).

JUEGO

a George Auzenne, in memoriam

Los hermanos montaña y mar usan el río que los une como un lazo para jugar.

Un día al mar le da por jalar a la montaña y ella se voltea
con su calderada de volcanes sobre las tierras, las casas y la gente.

Cuando el mar menos lo espera, la montaña tira del río
y el mar ahoga cientos de animales y a los pescadores que viven en la orilla.

“Lo peor de todo es que el río más grande se presta para jugar”, dice una vieja.

La gente le ruega al universo y a las estrellas que les enseñen
a ese par de malcriados a tener buenos modales.

El universo y las estrellas dicen que no quieren meterse en problemas de familia.

LOS QUE CREYERON...

Los que creyeron que el río era un lazo para jugar se equivocaron.

El río es una vena delgadita en la cara de la tierra.

“Una cuerda delicada que podría reventarse y apagar las estrellas”,
les dice el universo a los que juegan con el río.

El río es una cuerda de donde se agarran los animales y los árboles.

Si lo jalan muy duro, el río podría reventarse.

Podría reventarse y lavarnos la cara con el agua y con la sangre.

LA GENTE DEBE TENER CUIDADO CON LAS NUBES

Las nubes gozan la vida. Aparecen y desaparecen dejando caer en la tierra objetos mágicos y las lluvias. El poeta Baudelaire amaba las maravillosas nubes.

Las nubes flotan por aquí y por allá, sin ningún compromiso.

Una nube de New York que besa la Estatua de la Libertad, la olvida al día siguiente.

Para un campesino que las conoce muy bien, un grupo de nubes jóvenes arreglándose los cabellos en las afueras del pueblo puede significar que pronto van a llover.

O simplemente esperan que anochezca para irse a una fiesta en las montañas.

“Del verano no vuelve el viento, ni tampoco tu rostro querida nube”, dice la tierra.

Las nubes son caprichosas. Una persona nunca se debe enamorar de ellas o montarse en una nube para viajar a otro país sin conocerle su nombre y verdaderas intenciones.